

La sociabilidad republicana al aire libre.  
El caso de Asturias (1868-1914)

Sergio Sánchez Collantes.  
Universidad de Burgos.

**Resumen:** En las culturas políticas republicanas, junto con la típica sociabilidad formal de los *clubes políticos*, existieron otras formas de relación informal desarrolladas fuera de cualquier recinto, al aire libre, en los espacios públicos de las ciudades pero también en zonas periurbanas y rurales. En algunos casos se trató de actos expresamente políticos, en ocasiones con un carácter de masas (concentraciones, manifestaciones, mítines, actos civiles...); mientras que otras veces se produjeron modalidades de esparcimiento variadas en las que, al calor de conversaciones o debates espontáneos, las cuestiones políticas afloraban de manera recurrente (en el paseo, en las romerías, en las calles *lato sensu*...). En este trabajo se repasan varios ejemplos de estos espacios y formas de sociabilidad con participación republicana, limitando el análisis al caso de Asturias durante el Sexenio Democrático y la Restauración (1868-1914).

**Palabras clave:** Republicanismo, sociabilidad, espacio público, movilización política, Asturias.

*Outdoor republican sociability. The case of Asturias (1868-1914)*

**Abstract:** In republican political cultures, along with the typical formal (regulated) sociability of political clubs, there were other forms of informal relationships developed outside of any enclosure, outdoors, in public spaces in cities but also in peri-urban and rural areas. In some cases these were expressly political acts, sometimes with a mass character (concentrations, demonstrations, rallies, civil acts...); while at other times there were varied forms of recreation in which, in the heat of conversations or spontaneous debates, political issues surfaced recurrently (in the promenade, in the pilgrimages, in the streets...). In this paper, several examples of these spaces and forms of sociability with republican participation are reviewed, limiting the analysis to the case of Asturias during the Democratic Sexennium and the Restoration (1868-1914).

**Key words:** Republicanism, sociability, public space, political mobilization, Asturias.

## Introducción <sup>1</sup>

La sociabilidad ha sido objeto de numerosos trabajos en la historiografía de las últimas décadas<sup>2</sup>. En su vertiente informal, constituyó una realidad muy compleja y variopinta. Elena Maza ha considerado que, en el periodo contemporáneo, la sociabilidad espontánea y no reglada se articuló «en torno a cuatro ejes principales», que básicamente serían «el marco familiar y las relaciones de vecindad, escenario de veladas, tertulias y demás fórmulas encuadradas en ámbitos privados, carentes de periodicidad fija»; «el espacio físico de relación, al que invitan calles, paseos y plazas», es decir, las zonas públicas; «las relaciones de afinidad, donde el gusto creciente por las tabernas, bares y cafés compite con los lugares sacros, focos tradicionales de encuentro»; y «las relaciones de masa rituales, desencadenadas con motivo de celebraciones festivas, adscritas a sitios públicos y fechas concretas»<sup>3</sup>. Estas páginas se centrarán sobre todo en el segundo de esos cuatro ejes, aunque a veces se desborden los supuestos indicados.

El principal rasgo definitorio de los escenarios que interesan para nuestro trabajo sería el constituir espacios al aire libre en los que se documentan actividades protagonizadas por republicanos; así que se analizarán las principales circunstancias en las que se relacionaron quienes sostenían ideas republicanas fuera de recintos cerrados y, en principio, sin la intervención decisiva de una sociedad formalizada. Pero hay que recordar que la sociabilidad informal constituye un universo polifacético en el que se mezclan y alternan, para decirlo en palabras de Morales Muñoz, «una serie de espacios de fuerte arraigo popular como la calle, el café, la taberna o las reboticas y trastiendas

---

<sup>1</sup> Este trabajo parte de una investigación realizada dentro de un proyecto FPU con referencia AP2002-1659, cuyos resultados fueron ampliados en años posteriores.

<sup>2</sup> Baste con recordar aquí varios textos referenciales, como el de J. L. GUEREÑA: «Una aproximación a la sociabilidad popular: el caso de Asturias bajo la Restauración (1875-1900)», en *Estudios de Historia Social*, nº 50-51, 1989, pp. 201-222; o muchos de los reunidos en R. CARRASCO (ed.): *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVI-XX siècles)*, Paris, Les Belles Letres, 1991; I. SÁNCHEZ SÁNCHEZ y R. VILLENA ESPINOSA (coords.): *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999; A. VALÍN (dir.): *La sociabilidad en la historia contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Ourense, Duen de Bux, 2001; R. ARNABAT y M. DUCH (coords.): *Historia de la sociabilidad contemporánea. Del asociacionismo a las redes sociales*, Valencia, PUV, 2014; y S. CASTILLO y M. DUCH (coords.): *Sociabilidades en la historia*, Madrid, Catarata, 2015.

<sup>3</sup> MAZA ZORRILLA, E.: «La horizontalidad de las solidaridades. El mutualismo en la España contemporánea», en *Ayer*, nº 25, 1997, p. 74.

de no pocos talleres»<sup>4</sup>. De modo que aquí se trata un pequeño subconjunto de todo lo que abarcaba la compleja sociabilidad informal. Los recuerdos del novelista Palacio Valdés, que fue republicano en aquella época, condensan en dos líneas los lugares más típicos en los que se podía disertar espontáneamente sobre cualquier asunto en la Asturias del XIX: «En los cafés, en las tiendas, en medio de la calle se hacían comentarios acalorados. Debajo de los arcos del Ayuntamiento se formaron corrillos [...]»<sup>5</sup>. Lo mencionaba hablando de otro tema, cierto, pero identificaba sitios clave que, historiográficamente, han recibido una atención desigual.

### **1.- Entre la movilización política y la sociabilidad**

Hubo una serie de movilizaciones republicanas que tuvieron los espacios públicos como escenario natural y que, aparte de ser modalidades de la acción colectiva, también constituían formas de sociabilidad, puesto que facilitaban el encuentro y la relación de los asistentes. Este es un matiz que a menudo se pierde de vista: cómo de hecho se solapan categorías que con frecuencia los historiadores tendemos a presentar como fenómenos de límites precisos incluso sabiendo perfectamente que la realidad fue mucho más compleja. Pensemos, por ejemplo, en una hipotética manifestación organizada por los republicanos que sea convocada por el partido aunque la idea se haya gestado en el círculo de turno, el cual a su vez funcione como punto de arranque de una marcha en cuyo transcurso —y en sus prolegómenos— los asistentes charlen e interactúen y, al terminar, una vez escuchados los discursos al uso, se repartan entre los cafés próximos o queden largo rato formando corrillos en los que se continúe hablando o discutiendo animadamente.

Desde las grandes manifestaciones del Sexenio Democrático hasta las reuniones políticas y mítines de la Restauración, la tipología es bastante conocida por los numerosos trabajos que se han publicado sobre el republicanismo español. Bosquejaremos aquí las modalidades más repetidas o exitosas en Asturias, para centrarnos luego en otras formas de la sociabilidad informal. En concreto, pensando siempre en que su desarrollo tuviera lugar al aire libre, cabría destacar al menos cinco tipos de prácticas: las manifestaciones propiamente republicanas, las protestas contra las

---

<sup>4</sup> MORALES MUÑOZ, M.: «Formas de sociabilidad obrera en la Andalucía contemporánea», en M. GONZÁLEZ DE MOLINA y D. CARO CANCELA (eds.), *La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, Granada, Universidad, 2001, p. 330.

<sup>5</sup> PALACIO VALDÉS, A.: *La novela de un novelista*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959, p. 59.

quintas, la celebración de ritos de paso con carácter civil, la movilización anticlerical y ciertas recepciones o actos concebidos para honrar a personalidades ilustres. Todas ellas representaban diferentes formas de ocupación política del espacio público, incluso de republicanización transitoria de las calles<sup>6</sup>, pero también de encuentro y relación. A continuación se ilustra cada supuesto con algún ejemplo.

Como manifestaciones expresa y puramente republicanas, las primeras que hubo en España fueron las del otoño de 1868, cuando nació el Partido Republicano Federal. Si destacaron por algo fue por impulsar la primera gran demostración simbólica del republicanismo en las calles<sup>7</sup>. En Asturias sobresalió la de Oviedo, que llegó a reunir entre 5.000 y 7.000 personas, según las fuentes<sup>8</sup>. El cronista que envió la reseña a *La Igualdad* aseguraba fue «la primera que hicieron los ovetenses al grito de viva la República». Y sus impulsores trabajaron a conciencia la puesta en escena: las pancartas, los letreros, las banderas (incluida una de los Estados Unidos) y los gritos o consignas se vieron realzados por los himnos que interpretó la banda de música del Hospicio («dirigida por nuestro amigo [Teodoro] Cuesta, siempre amante de amenizar las manifestaciones de nuestras libertades»). Algunos estandartes precisaban el oficio de sus portadores, matiz de gran valor para ilustrar la composición social («estudiantes, artistas, obreros, armeros, comerciantes y periodistas»). Pero la consigna que destacó sobre otras fue la de «Viva la República federal»<sup>9</sup>. El Sexenio, en general, fue prolífico en este tipo de actos y, desde el mismo triunfo de La Gloriosa, las calles devinieron un espacio político más. Al respecto, son también elocuentes las palabras de Palacio Valdés: «En cada encrucijada, en cada balcón, nos acechaba un orador. Sus discursos nos arrebatában de entusiasmo [...]»<sup>10</sup>.

La mayor parte de los ejemplos del segundo supuesto se produjeron en el Sexenio Democrático, cuando, en el escenario abierto por la revolución de 1868, la abolición de

<sup>6</sup> SÁNCHEZ COLLANTES, S.: «Luchas simbólicas por el espacio público en el Sexenio Democrático: republicanos y monárquicos en las calles españolas, 1868-1874», en *Crisol. Serie numérique*, nº 5, 2019, pp. 203-219.

<sup>7</sup> SÁNCHEZ COLLANTES, S.: «La construcción simbólica del republicanismo español en el Sexenio Democrático», en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea (IH)*, nº 37, 2017, pp. 141-142.

<sup>8</sup> El telegrama de los propios organizadores cifraba la asistencia en 5.000 (*La Igualdad*, Suplemento Extraordinario, ¿30?-XI-1868). Clarín habló de 6.000 en ALAS, L.: *Juan Ruiz* (ed. a cargo de S. Martín-Gamero), Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 373.

<sup>9</sup> *La Igualdad*, Madrid, 3-XII-1868.

<sup>10</sup> PALACIO VALDÉS, A.: *op. cit.*, p. 217.

las quintas se convirtió en una de las grandes aspiraciones populares. Las manifestaciones pacíficas, a diferencia de los motines, constituían actos organizados para los que se fijaba un recorrido de antemano. En principio, no eran excluyentes ideológicamente, pero los republicanos supieron canalizar el descontento e impulsaron, de hecho, el grueso de las convocatorias, por lo que no fue raro que en ellas se ondeasen sus banderas y se oyeran vivas a la República. En Gijón, por ejemplo, resultó bien visible el estandarte de la Juventud Republicana, cuyos integrantes, por edad, resultaban directamente afectados por el servicio militar. Pero sus organizadores procuraron relativizar ese sesgo partidario para atraer a más gente: «Hoy no deben oírse más voces que “Abajo las quintas y las matrículas de mar”, este no es un acto político, y con nosotros tienen cabida todos los amantes de la libertad». Las bandas de música, con el recurrente *Himno de Riego*, amenizaron la reivindicación de lo que las crónicas definieron como un «ejército de ciudadanos», incluyendo a numerosas mujeres y niños. Estas manifestaciones generaban un ambiente que se ha reflejado muy bien en algunas ilustraciones de época: familias al completo que charlan y gritan consignas a su paso. Por lo demás, no hay que subestimar la relevancia de la frecuente práctica de enviar un telegrama y una crónica a uno o varios periódicos, un ritual que prolongaba el impacto de la protesta y hacía que se siguiera hablando del tema durante días en el café o la sociedad de recreo habitual: era muy confortante ver que un diario madrileño informaba de una manifestación en la que uno había estado<sup>11</sup>.

En cuanto a los actos civiles —inscripciones de bebés en el registro, matrimonios o entierros—, su presencia en Asturias dejó de ser rara a partir de la década de 1880, aunque se tratase entonces de prácticas minoritarias. Poco a poco, irían reflejando una laicización de las costumbres<sup>12</sup>. En las tres variantes, hubo una parte sustancial de la ceremonia que se desarrollaba al aire libre, con una fuerza simbólica que, al desafiar la ortodoxia vigente, molestaba a los partidarios del Estado confesional que regía desde que fue aprobada la Constitución de 1876. Y existieron casos de muy alta concurrencia, como el entierro civil de Juan González Río, un popular masón afín al republicanismo de Ruiz Zorrilla, que recorrió las calles de Oviedo en la temprana fecha de 1884. Tanto

---

<sup>11</sup> SÁNCHEZ COLLANTES, S: *El azote de la plebe. Un estudio social de las quintas y los consumos en la Asturias contemporánea*, Gijón, Zahorí Ediciones, 2014, p. 77-83. «Oviedo 20.— Ciudadano [José González] Alegre: Manifestación contra quintas, numerosa, entusiasta y ordenada. Pronunciáronse brillantes discursos.— Por la comisión, Escosura» (*La República Ibérica*, Madrid, 22-III-1870).

<sup>12</sup> URÍA, J.: *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1996, p. 164.

impactó en la ciudad, que inspiró a Clarín para describir en *La Regenta* el entierro civil de Santos Barinaga<sup>13</sup>. De su pasaje, de hecho, puede inferirse una presencia femenina que no explicitan otras fuentes: «Detrás del duelo iba una escasa representación del sexo débil; pero, según las de la cesta y las de las fuentes públicas, “eran malas mujeres”»<sup>14</sup>. Los periódicos se hicieron eco del «inmenso gentío» que acudió al entierro, especificando la abultada presencia de «la clase obrera». De acuerdo con algunas versiones, se juntaron «unas 6.000 personas», entre ellas la crema del republicanismo asturiano. El volumen de gente hacía que el acto fuera trascendente («quedará de él memoria en Oviedo»), y algunas las crónicas ilustran lo que representó en el espacio público de la ciudad:

«Los balcones llenos de gente, las aceras de las calles intransitables, todas las bocacalles y avenidas tomadas por completo, y al llegar a la plaza y pasar bajo el arco de la ciudad, tuvo que pararse el cortejo para depositar la magnífica corona de flores blancas y negras que el partido republicano dedicaba a su correligionario. La plaza, aunque es muy grande, no podía contener el gentío inmenso que allí afluía. Siguió la comitiva por la Puerta Nueva, y al llegar a San Lázaro se despidieron los duelos oficiales, continuando aún más de 800 personas hasta el cementerio del Bosque, que dista 3 kilómetros [...]»<sup>15</sup>.

La movilización anticlerical es el cuarto de los supuestos indicados, aunque solía representar un caso de confluencia de culturas políticas que compartían aspiraciones secularizadoras y, por tanto, no una práctica exclusivamente republicana (por más que el protagonismo republicano fuese notable)<sup>16</sup>. El ejemplo más característico se tiene en las manifestaciones organizadas en 1910 para exigirle a Canalejas el cumplimiento de su programa. La de Gijón, en concreto, discurrió el domingo 3 de julio entre Begoña y la plaza mayor, donde sonaron *La Marsellesa* y el *Himno de Riego*. Según la versión de *El Imparcial*, la marcha reunió a «más de veinte mil personas, y de ellas tres mil mujeres»<sup>17</sup>. *El Noroeste* también subrayó la gran participación femenina que hubo esa jornada canicular: «las mujeres gijonesas, no acostumbradas a estas lides, salieron de sus casas y se sumaron a los elementos anticlericales». Para el redactor, esa marcha constituyó un acontecimiento histórico y sin precedentes: «fue la primera vez que en

<sup>13</sup> URÍA RÍOS, P.: «El entierro civil de La Regenta era el entierro de Ríos», en *Astura. Nuevos cartafueyos d'Asturies*, nº 2, 1984, pp. 65-71, pp. 65-71.

<sup>14</sup> ALAS, L.: *La Regenta*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1973, p. 479.

<sup>15</sup> *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 21-IX-1884. Sorprende la parquedad de la reseña de *El Carbayón*, Oviedo, 12-IX-1884, que se comprometió a ampliar la información al día siguiente pero nunca llegó a hacerlo.

<sup>16</sup> Aunque sí que hubo convocatorias exclusivamente republicanas, como las romerías anticlericales, modalidad que se verá más adelante.

<sup>17</sup> *El Imparcial*, Madrid, 4-VII-1910.

Gijón hizo la mujer público alarde de sus ideales políticos y religiosos, y fue aquella manifestación, ordenada y entusiástica, la más numerosa y la más completa de cuantas se han celebrado en esta villa». Entre las vecinas que acudieron figuró, en lugar destacado, la librepensadora Rosario de Acuña<sup>18</sup>.

Finalmente, de recepciones u homenajes al aire libre podrían multiplicarse los ejemplos, porque obviamente son prácticas que se dieron muchas más veces que todas las anteriores. Constituían también actos de sociabilidad republicana que comportaron grados de aglomeración variables, principalmente en las estaciones de tren (a veces en los puertos, como sucedió en la gira que hizo Salmerón en 1893) o frente al edificio en el que residía el homenajeado (o donde se alojaba, como sucedió a las puertas de la fonda ovetense en la que se hospedó Ramón Pérez Costales en 1889)<sup>19</sup>. Fueron muchos los jefes republicanos homenajeados por su onomástica mediante una serenata que los agasajaba con música ante su domicilio, como le sucedió más de una vez al médico federal Eladio Carreño<sup>20</sup>. En Gijón, alcanzaron gran fama las serenatas ofrecidas el día de su santo al zorrillista Octavio Bellmunt, otro galeno que a veces respondió organizando un banquete para sus amigos, muchos de ellos correligionarios<sup>21</sup>. En general, según las ordenanzas municipales, una serenata requería el permiso de las autoridades<sup>22</sup>. Y excusa decir que implicaba una cierta ocupación de la calle, del espacio público, tal y como ha subrayado Pere Gabriel<sup>23</sup>. Lo más interesante sería buscar las notas singulares que se advierten en estos actos cuando se organizaban en Asturias, como por ejemplo el instrumento utilizado para recibir a Francisco Pi y Margall cuando llegó a Pola de Lena en 1891:

«Dos gaitas del país, única música que por estas poblaciones se halla, tocaban *La Marsellesa* y el himno de Riego, cuyos ecos ahogaban los cohetes y vivas a Pi y Margall y al *Presidente de la República Española*»<sup>24</sup>.

---

<sup>18</sup> *El Noroeste*, Gijón, 4-VII-1910.

<sup>19</sup> *La Justicia*, Madrid, 10-IX-1893. *El Carbayón*, Oviedo, 26-IX-1889.

<sup>20</sup> Un ejemplo en *La República Española*, Gijón, 23-II-1869.

<sup>21</sup> *El Comercio*, Gijón, 22 y 23-XI-1889.

<sup>22</sup> *Ordenanzas municipales de la ciudad de Oviedo y su término*, Oviedo, Imp. y Lit. de Vicente Brid, 1882, p. 26. *Ordenanzas municipales de policía urbana y rural del Ayuntamiento de Navia*, Oviedo, Imp. Católica Carlos Uría Valdés, 1887, p. 22.

<sup>23</sup> GABRIEL, P.: «La construcción de una cultura política popular: centros y actividades republicanas bajo la Restauración», en C. CABRERO BLANCO *el alii* (coords.), *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, KRK, 2008, p. 100.

<sup>24</sup> *El Nuevo Régimen*, Madrid, 12-IX-1891.

Pese a su diversidad, todos los ejemplos vistos comparten el haberse desarrollado en espacios al aire libre, donde también socializaban con frecuencia los republicanos de los diferentes concejos asturianos. Como ha señalado Bussy Genevois, «la plus belle pratique symbolique, la vraie passage à la démocratie, est la prise de possession de la rue»<sup>25</sup>. Desde la Gloriosa, cuando se produjo la gran irrupción de los republicanos en la vida pública, fue muy habitual la utilización «de la calle como espacio de propaganda y de afirmación de una identidad política», fenómeno que, como explica Morales Muñoz, la convertía en «escaparate de unas inquietudes colectivas que pasaban casi invariablemente por la adhesión a la triunfante revolución»; escaparate que, además, para las mujeres y los menores de 25 años, es decir, «los actores sociales que habían quedado excluidos del nuevo proceso político», se convirtió en «el único medio en el que podían manifestar su adhesión a la forma republicana»<sup>26</sup>.

## 2.- Otras fiestas y reuniones de carácter popular

Hubo otras celebraciones republicanas al aire libre que, sin dejar de expresar una voluntad reivindicativa, se caracterizaron también por un sentido lúdico que las distingue de los supuestos anteriores. Enumerando algunos ejemplos se podrá apreciar lo variada que podía resultar su tipología.

Un antiguo y curioso precedente se tiene en los homenajes que, allá por 1857, se le rindieron al oso que mató al rey Favila en el Oriente de Asturias. Con ese objeto, Nicolás Estévanez y otros correligionarios iban en peregrinación desde Cangas de Onís hasta Villanueva, donde se descubrían «respetuosamente en honor del oso regicida»<sup>27</sup>. Este tipo de actos reunía a pequeños grupos y por tanto no eran tan masivos como los que solían caracterizar las giras propagandísticas; pero sí encerraban un formidable valor simbólico. En cualquier caso, no faltan ejemplos, antes de la Restauración, de citas muy concurridas fuera de las grandes ciudades e incluso en meses con temperaturas muy desfavorables: en pleno invierno de 1869, por ejemplo, Antonio Rodil Argüelles —uno de los cabecillas de las insurrecciones federales de ese año—

<sup>25</sup> BUSSY GENEVOIS, D.: «Les symboles de la République en 1931 et 1932», en J. MAURICE, B. MAGNIEN et D. BUSSY GENEVOIS (dir.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, Saint-Denis, PUV, 1990, p. 249.

<sup>26</sup> MORALES MUÑOZ, M.: «Cultura política y sociabilidad en la democracia republicana», en R. SERRANO GARCÍA (dir.), *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 212-213.

<sup>27</sup> ESTÉVANEZ, N.: *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975, p. 41.



pronunció un mitin ante más de 1.500 personas en Trubia, en el castañedo de Soto, durante más de una hora y cuarto, antes de dirigirse a una romería en Vega de Peridiello<sup>28</sup>.

Las fiestas populares de tipo patronal y las verbenas, efectivamente, también fueron del gusto de los republicanos y en algunas se documentan prácticas políticas del mayor interés. Baste con recordar el estribillo que se cantaba en 1871 en las giraldillas de las romerías ovetenses, según el testimonio de Benito Canella:

«Cuándo seremos libres:  
cuándo habrá libertad;  
cuándo será Serrano  
menos marrano  
y más liberal,  
cuándo será Topete  
menos zoquete  
y más liberal»<sup>29</sup>.

Podría ser útil estudiar la presencia de republicanos en la organización de fiestas exentas de carácter político y valorar en qué medida eso condicionó fenómenos que sí que admitirían una lectura política. Por ejemplo, en la parroquia de Trubia, donde está documentado un notable predicamento del republicanismo, el castañedo en el que se venían celebrando «desde tiempo inmemorial» las romerías del mes de julio pertenecía al republicano Silvestre Cano, aunque parece que no lo cedía desinteresadamente<sup>30</sup>. Fuera de los grupos organizadores, ni que decir tiene que los republicanos disfrutaban las fiestas igual que sus vecinos, al menos su vertiente profana. *El Carbayón* mencionó en 1884 a una docena de ovetenses que se habían desplazado hasta la parroquia de Granda, en las afueras de Gijón, para asistir a su famosa romería («una de las mejores de Asturias») que se celebraba en una frondosa *carbayera* (robleal): pues bien, la mitad eran republicanos<sup>31</sup>. Sin falta de estar en la organización, la presencia numerosa de quienes sostenían tales ideas explicaría sucesos como el ocurrido en la iglesia de

---

<sup>28</sup> *La República Española*, Gijón, 16-II-1869.

<sup>29</sup> Archivo Histórico de Asturias, Fondo Posada Herrera, Caja 11.419, Leg. 47, nº 62 (carta de Benito Canella a Posada Herrera, fechada en Oviedo el 19-VII-1871).

<sup>30</sup> *La Verdad*, Oviedo, 21-VII-1889 (el corresponsal denuncia que ese año Silvestre Cano tuvo «ridículas y exageradas pretensiones pecuniarias», y que otro vecino de Trubia cedió un prado en el que se organizó la gira campestre).

<sup>31</sup> *El Carbayón*, Oviedo, 29-VII-1884 (que sepamos, de los citados en el diario fueron republicanos Pepe Estrada, Facundo Valdés, Telesforo Doiztúa, Manuel González Río, Pepe San Román y Doroteo Manteola).

Valduno durante la fiesta de las Flores de Mayo de 1888, amenizada por una gaita y un tamboril que, según la versión de *El Motín*, interpretaron sonos que enervaron al cura:

«De pronto se les ocurrió a los *artistas* empezar a tocar el himno de Riego.  
—A callar con esa tocata—gritó el *parrocán* bramando de ira.— Aquí no hay liberales, y los pocos que hay no valen nada»<sup>32</sup>.

Esas fiestas «entre religiosas y profanas», como las define Aymes, perdían bastantes características de la primera faceta después de la mañana. Así lo percibieron los contemporáneos, de acuerdo con las palabras de Jove y Canella: «A la tarde comienza la fiesta profana, la romería propiamente dicha». El carácter híbrido entre lo religioso y lo profano se plasma gráficamente en *El Padre Juan*, de Rosario de Acuña, cuando le espetan con sorna al personaje de Ramón: «— [...] todo un librepensador, anticatólico y casi hereje, festejando como el primero la romería de una santa. ¿Eh?». A lo que el aludido responde: «—Ya sabe usted que yo no acudo a la romería sino por lo que tiene de popular; se olvida usted que soy un buen republicano». Esta justificación no le habría complacido a la librepensadora Belén Sárraga, que fustigó esa vertiente lúdico-religiosa en diversas ocasiones: «el clericalismo convirtiendo el culto en diversión callejera y barata, haciendo fiestas populares las fiestas eclesiásticas, arrastra a vuestras familias a procesiones y verbenas haciéndolas, si no por la fe, por la costumbre, mantenedoras del odiado enemigo». De todas formas, como ha matizado Jorge Uría, «aunque los ingredientes religiosos no les eran ajenos [...] sus vertientes profanas eran mucho más perceptibles»<sup>33</sup>.

Ahora bien, el paradigma de la sociabilidad *unánimemente* republicana, masiva y al aire libre quizás lo encarnen mejor otras prácticas, como por ejemplo las giras o las meriendas democráticas, más frecuentes al empezar el siglo XX. En Barcelona, según ha estudiado Pere Gabriel, llegaron a juntarse hasta 45.000 personas en la montaña del Coll para recordar la proclamación de la República treinta años después<sup>34</sup>. Y en Madrid hubo reuniones equiparables, como la multitudinaria Romería Cívica Nacional de 1909,

<sup>32</sup> *El Motín*, Madrid, 21-VI-1888.

<sup>33</sup> AYMES, J. R.: «Las fiestas religiosas y profanas en la época romántica como indicadores de opiniones ideológicas y de mentalidades (1833-1868)», en J. F. FUENTES y L. ROURA (eds.), *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje al profesor Alberto Gil Novales*, Lleida, Milenio, 2001, p. 195. JOVE Y CANELLA, J. M.: *Topografía médica del concejo de San Martín del Rey Aurelio*, Madrid, Imprenta de la Ciudad Lineal, 1923, p. 66. ACUÑA, R. de: *Rienzi el tribuno. El Padre Juan. Teatro*, Madrid, Castalia, 1989, pp. 188-189. RAMOS PALOMO, M<sup>a</sup> D.: «La República de las librepensadoras (1890-1914)», en *Ayer*, nº 60, 2005, p. 56. URÍA, J.: «Cultura popular y actividades recreativas: La Restauración», en J. URÍA (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 98.

<sup>34</sup> GABRIEL, P.: «Los días de la República. El 11 de febrero», en *Ayer*, nº 51, 2003, p. 64.

que además recibió adhesiones desde Asturias; por ejemplo las de los federales Pedro Pitiot («por las minas de Mieres»), Gervasio de la Riera («por Gijón») y José Arbesuk («por Avilés»)<sup>35</sup>. Pero ¿hubo algo similar en la antigua provincia de Oviedo? Al empezar el novecientos, ciertamente, se documentan en Asturias bastantes reuniones al aire libre que, obviamente, no llegaron a la concurrencia de las habidas en Madrid o Barcelona, pero sí resultaron masivas atendiendo a la población que entonces sumaban las ciudades en las que se organizaron. Las impulsaron elementos republicanos, solos o junto con miembros de otras agrupaciones políticas disidentes. Una característica importante, además, es que la presencia de muchas mujeres resultó cada vez más habitual, lo que les imprimía un carácter verdaderamente democrático, frente a otras reuniones androcéntricas que habían constituido la nota dominante en el XIX. Veamos algunos casos.

En el verano de 1910 se documenta un magnífico ejemplo de esta sociabilidad heterodoxa al aire libre. Entonces se preparó una «gran romería anticlerical» para el domingo 4 de septiembre, que daría comienzo a las dos de la tarde en el gijonés prado de La Guía, «contiguo a la quinta de D. Anselmo Piñole». En el llamamiento se rogaba a las sociedades obreras, comités y subcomités republicanosocialistas que asistieran «con sus banderas». También se anunciaba la existencia de barracas, las intervenciones de los diputados Melquíades Álvarez y Gumersindo de Azcárate, y la presencia de «banda de música y organillos y gaitas». El día de la celebración tocaron *La Marsellesa* desde los primeros momentos, repitiéndola más veces durante la jornada. Los tranvías fueron llegando «atestados de gente» y la carretera se veía «invadida por numerosas familias, pertrechadas casi todas de sus correspondientes meriendas». La posibilidad de llevar la comida, lógicamente, disparaba el número de participantes en relación con actos como los banquetes, menos asequibles por muy módicos que se pretendieran. Avanzada la tarde, Melquíades Álvarez emocionó con su oratoria: «os prometemos, no sólo aniquilar al gran cacique con todas sus ramificaciones, sino que os llevaremos a la tierra de promisión donde brilla el sol de la libertad, de la democracia y de la república». El aspecto del sitio, a juzgar por las crónicas, resultaba imponente para quien profesase las ideas que allí se defendían:

«[...] La pradera estaba repleta de gente, como en las más grandes fiestas tradicionales de la aldea. Numerosas familias merendaban sobre el campo y en las barracas; alrededor

---

<sup>35</sup> *El País*, Madrid, 18-IV-1909.

de los organillos y la banda bailaban centenares de parejas y en los puestos de refrescos y otros, no se daba paz al despacho.

Presentaba la fiesta un aspecto hermosísimo. [...] No exageramos si decimos que había tantas mujeres como hombres.

En el extremo del prado se veían artísticamente colocadas, las banderas de los círculos políticos democráticos y de las sociedades obreras»<sup>36</sup>.

Otro ejemplo de reunión al aire libre muy significativo, también por la confluencia de fuerzas que supuso, es la que se denominó Fiesta Cultural Antitaurina, promovida en Gijón en agosto de 1914 como respuesta a las corridas de la Feria de Begoña. El acto se celebró en la explanada de El Coto de San Nicolás y la convocatoria fue respaldada por numerosas sociedades obreras y organizaciones de izquierdas, incluidos los principales grupos republicanos. En la fotografía que realizó Laureano Vinck se aprecia la presencia de mujeres y, según algunas fuentes, la jornada llegó a congregarse hasta 4.000 personas que merendaron distendidamente y escucharon los discursos de oradores como Aniceto Sela y Gumersindo de Azcárate<sup>37</sup>.

#### Fiesta Cultural Antitaurina en Gijón



Fuente: *Mundo Gráfico*, Madrid, 2-IX-1914

Todavía en 1919, según ha estudiado Pamela Radcliff, las llamadas «Mujeres Demócratas de Natahoyo» organizaron en Gijón «sus propias romerías democráticas», como la que festejó la elección de Teodomiro Menéndez como diputado socialista para

<sup>36</sup> *El Noroeste*, Gijón, 2 y 5-IX-1910.

<sup>37</sup> SÁNCHEZ COLLANTES, S.: «La histórica tradición antitaurina en Asturias», en *Atlántica XXII. Revista asturiana de información y pensamiento*, nº 10, 2010, pp. 41-43.

el Congreso<sup>38</sup>. Lo más interesante de tales actos es que los promoviera una asociación exclusivamente femenina, muy vinculada a los grupos republicanos federales del barrio, y que adoptó el nombre de Agrupación Feminista Anticlerical<sup>39</sup>.

### 3.- Entre el paseo y los corrillos

Junto con todas las prácticas anteriores, no hay que olvidar que la sociabilidad republicana se verificó también en otras circunstancias menos planificadas, en relaciones y encuentros que no por espontáneos o rutinarios dejaron de presentar facetas políticas. Se trata, precisamente, de una vertiente bastante postergada en las investigaciones sobre el republicanismo: todo lo relacionado con otras prácticas de la sociabilidad informal cuya orientación política no siempre es posible documentar, pero sí cabe inferir que se produjo muchas veces. En el transcurso de una charla informal entre correligionarios influyentes en una plaza, podía tener su origen último la conducta de un partido, la fundación de un periódico o la creación de un Ateneo. Más allá de su eventual contenido político, prácticas como el paseo han sido espléndidamente analizadas por Jorge Uría<sup>40</sup>.

En los corrillos y debates callejeros operaba una especie de pedagogía básica en virtud de la cual se favorecía el aprendizaje de ideas, en quien participaba confrontando juicios y valoraciones pero también en quien simplemente presenciaba y escuchaba lances oratorios o conversaciones. En Oviedo se decía que cuando le preguntaron a Patricio de Azcárate, antiguo Gobernador de la provincia, por qué al marcharse había dejado en la ciudad a Gumersindo, respondió: «Quiero que mi hijo se pasee dos años por Cimadevilla [...]: aprenderá ahí más de las cosas de la vida, que en la más empingorotada de las Universidades»<sup>41</sup>. La metáfora también fue usada por Rafael M<sup>a</sup> de Labra, que la amplió hablando de «la Universidad libre de *Cimadevilla* y del *Campo de San Francisco*, donde la multitud abigarrada y animosa se agolpa y bulle». A su vez, Pérez Galdós trazó un símil idéntico acerca de Madrid, al hablar de sus «frecuentes

<sup>38</sup> RADCLIFF, P.: *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*, Barcelona, Debate, 2004, p. 215. Véase también PIÑERA, L. M.: *Raros, disidentes y heterodoxos. Personajes de Xixón entre 1850 y 1950*, Oviedo, KRK, 2010.

<sup>39</sup> GARCÍA GALÁN, S.: *Mujeres entre la casa y la calle. Educación, feminismos y participación política en Asturias*, Uviéu, Trabe, 2015, p. 210 y ss.

<sup>40</sup> URÍA, J.: *Una historia...*, op. cit., pp. 38-43.

<sup>41</sup> Según POSADA, A.: *Leopoldo Alas "Clarín"*, Oviedo, Imprenta La Cruz, 1946, p. 63. De ello habla también JOVE Y BRAVO, R.: «Oviedo», en O. BELLMUNT y F. CANELLA (Dirs), *Asturias*, t. I, Gijón, Fototip. y Tip. O. Bellmunt, 1895, p. 101 (aunque silencia los nombres).

novillos» y confesar: «no podía resistir la tentación de lanzarme a las calles en busca de una cátedra y enseñanza más amplias que las universitarias». Adolfo Posada, en fin, que además fue un gran observador cuyas aportaciones a la sociología conviene tener presentes, al memorar cómo había establecido sus «contactos con las calles, plazas y paseos», reflexionaba:

«La calle, o sea, los cien caminos con sus encrucijadas por donde el niño de la ciudad se incorpora a su pueblo y se relaciona a su mundo, influye más que la escuela, con o sin pedagogía, en la iniciación del carácter: en ella el niño deviene concretamente el “animal social” que pide su naturaleza, o la criatura que es antecedente del que podrá ser con los años»<sup>42</sup>.

Los testimonios de republicanos que expliquen lo que suponía para ellos la calle o los espacios al aire libre tienen gran interés para el tema que nos ocupa. Máxime cuando revelan detalles políticos en las conversaciones. Así recordó Clarín lo que a veces hacía con Tomás Tuero al acabar las clases en la Universidad:

«Aburridos del *derecho de piedra*, buscábamos las noticias del día, que eran por entonces anuncios de vida nueva, de libertad, de grandeza. ¿Habrá república?, nos decíamos y se entablaban largas y serias discusiones»<sup>43</sup>.

Las tertulias mantenidas al aire libre y con participación republicana fueron tantas que sería muy fácil acumular referencias. Aunque no siempre se limitaron a la presencia de correligionarios. Así, los profesores de la Universidad de Oviedo, los republicanos y los que no lo eran, disfrutaban a menudo de largas tertulias al aire libre en casa del carlista Víctor Díaz Ordóñez, «bajo la protección de manzanos, perales, cerezos...», según evocó Posada: «en su huerta, excelentemente cuidada, nos reuníamos con gran frecuencia para tomar una taza de té». Y Melquíades Álvarez, por su parte, solía «acompañarse de los más adictos y con ellos tomaba el camino de la playa, si se hallaba en Gijón, o el del Campo de San Francisco si en Oviedo, a tertuliar hasta la hora del yantar». Así lo recordaba López Oliveros, que también apuntó su gusto por dar «unas vueltas por la calle Uría, confundido siempre entre la multitud». En fin, hubo un tiempo en que los estudiantes tenían reuniones «de incómoda forma en la amplia acera

---

<sup>42</sup> *Velada en honor de Don Manuel Pedregal y Cañedo, celebrada el día 20 de Febrero de 1897 bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret*, Gijón, Fototipia y Tipografía de O. Bellmunt y Compañía, 1897, p. 36. PÉREZ GALDÓS, B.: *Recuerdos y memorias*, Tebas, Madrid, 1975, p. 181. POSADA, A.: *Fragments de mis memorias*, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1983, p. 35.

<sup>43</sup> POSADA, A.: *Leopoldo...*, *op. cit.*, p. 103 (en sus famosas «cartas a un estudiante», que publicó en *La Unión* firmando como «Pepe»).

—“pedrera” la llamaban en la Universidad—», en plena calle, que algunos trasladaron a sitios más recogidos<sup>44</sup>.

Las inmediaciones de los centros de representación política siempre fueron, como es sabido, lugares muy propicios para la tertulia improvisada. No dejaban de funcionar como la versión local de lo que sucedía en las proximidades de las Cortes en Madrid. Piénsese, por ejemplo, en la plaza mayor y las calles yuxtapuestas al consistorio de casi cualquier municipio asturiano de cierta entidad. A propósito del edificio del Ayuntamiento de Langreo, dijo Jove y Canella: «se apoya sobre siete grandes arcadas, que dan lugar a amplios soportales, bajo los cuales buscan refugio en los crudos días de invierno los innumerables comentadores de asuntos políticos y sucesos locales». Y acerca de Gijón, observó Tarfe: «la gente joven se reúne debajo de los arcos de la Plaza Mayor, y allí da vueltas y más vueltas»; sin dejar de aludir a «las conversaciones que allí se entabla[ba]n». De hecho, en las jornadas lluviosas, tan frecuentes en Asturias, los espacios porticados brindaban un lugar resguardado en el que platicar, convirtiéndose en antesala de los cafés inmediatos y de otros sitios guarecidos en los que proseguir esas charlas. Tratando de aquel grupito de amigos que, siendo jóvenes, formaron Clarín, Palacio Valdés y Tuero, un anciano Posada recordó su «conversación animada» por las calles de Cimadevilla, diálogo que «no se agotaba ni languidecía por más que la noche extendiera sus sombras y a pesar de la lluvia»; si jarreaba, «los discutidores rapaces corrían a refugiarse a los soportales del Ayuntamiento, del Fontán»<sup>45</sup>.

Resultan clarificadoras las apreciaciones que hizo Jove Bravo acerca del espacio público como «lugar de reunión». Sobre todo porque no se olvidó de los aspectos políticos al describir «el *Mentidero*, como llaman a la calle los ovetenses», y las discusiones y charlas habidas en él:

«Lo repetimos: Cimadevilla es la fisonomía de Oviedo; más aún, la fisonomía de Asturias entera, porque en aquellos corrillos tienen constante representación las diversas zonas de la provincia [...]. Allí se han detenido a proclamar sus ideales, en sendas manifestaciones, los liberales de 1820 y los realistas de 1823, los republicanos y los monárquicos de 1870, en las horas del mediodía; allí han ido todos al anochecer a comentar donosamente esas mismas manifestaciones realizadas algunas horas antes. Allí se discute muchas veces, pero casi nunca se disputa; monárquicos y republicanos,

<sup>44</sup> POSADA, A.: *Fragmentos...*, op. cit., pp. 68, 203 y 223. LÓPEZ OLIVEROS, A.: *Un tribuno español. Melquiades Álvarez*, Gijón, Silverio Cañada-GEA, 2000, p. 120.

<sup>45</sup> JOVE Y CANELLA, J. M.: *Topografía médica del concejo de Langreo*, Madrid, Imprenta de la Ciudad Lineal, 1925, p. 91. FRIERA, A. (*Tarfe*): *Mesas revueltas*, Gijón, Librería del Salón de Publicidad, 1907, p. 7. POSADA, A.: *Leopoldo...*, op. cit., p. 52.

liberales y conservadores, sostendrán empeñadas luchas en las mesas electorales; pero se juntan luego en Cimadevilla como verdaderos e íntimos amigos»<sup>46</sup>.

Otra práctica fundamental al aire libre era el paseo, distracción de moda en el ocio de la época y de la que participaron asimismo los republicanos. Jorge Uría ha señalado los principales espacios en los que tenía lugar el paseo en Oviedo (Campo de San Francisco y calle Uría), Gijón (calle Corrida y Begoña) y Avilés (parque del Muelle o el del Retiro). Matiza que sus prácticas «no eran tan gratuitas, sin embargo, que no dejasen traslucir las diferencias de clase»; que «la clase obrera había ido desarrollando, en todo caso, sus propios modelos de paseo vespertino, tras el final de la jornada laboral, y perfectamente segregados del paseo “burgués” bien fuese por el horario de su realización o incluso por el espacio físico que le servía de escenario»<sup>47</sup>. En efecto, según manifestó Ramón Prieto, el Paseo de los Álamos no atraía «en las horas de descanso, de los almuerzos y las comidas», momento en que lo convertían «en refectorio» los obreros, que se tumbaban en el césped y en los bancos. El médico González Valdés lamentaba que la moda impusiera «ir al atardecer, o por la noche en verano», cuando las mejores horas eran en pleno día, evitando con ello la insana humedad del follaje. En cualquier caso, la llegada de la primavera galvanizaba singularmente este fenómeno, como notificó *La Unión Republicana* en abril de 1897: «Ya comenzaron las tertulias en los bancos del paseo de los Álamos, donde concurre lo más escogido de la buena sociedad ovetense». Bien es cierto que, a poco que saliera el sol, también se paseaba en pleno invierno, como reflejó el federal José Ramón Melendreras en su novela *Carolina*<sup>48</sup>.

Las referencias que mencionan la participación de republicanos en esta actividad son numerosas. En 1879, Regino González escribió desde Oviedo al demócrata *El Tribuno* y habló de pasarse la vida «entre los paseos de Porlier, las conversaciones de Cima de Villa y la mesa redonda de la fonda de Luisa». Y el famoso ovetense que había inspirado el personaje clariniano de Pompeyo Guimarán, al decir de Posada, «exhibía orgulloso [su ateísmo] por las calles y paseos». Del Campo de San Francisco destacó Prieto «la ola de conversaciones que se levanta[ba] sobre aquel agitado mar de

<sup>46</sup> JOVE Y BRAVO, R.: *op. cit.*, t. I, 1895, p. 101.

<sup>47</sup> URÍA, J.: *Una historia...*, *op. cit.*, pp. 38 y 42; «Cultura...», *op. cit.*, p. 82.

<sup>48</sup> PRIETO, R. y LÓPEZ DÓRIGA, J.: *Siluetas ovetenses*, Oviedo, Imp. Asturiana, 1889, p. 18. GONZÁLEZ VALDÉS, F.: *Topografía médica del concejo de Oviedo*, Madrid, Est. Tip. de los Hijos de Tello, 1911, p. 99. *La Unión Republicana*, Oviedo, 18-IV-1897. MELENDRERAS, J. R.: *Carolina*, Oviedo, Imp. y Lit. de D. Benito González, 1866, p. 5.



cabezas». Y allí sostuvieron Leopoldo Alas y Juan Ochoa Betancourt «prolongadas charlas bajo la sombra de los árboles», con una frecuencia que puntualizó Clarín: «nos juntábamos casi todas las mañanas de primavera y de otoño en el Campo de San Francisco». Con el autor de *La Regenta* paseó igualmente por el Bombé el avilesino Sánchez Calvo, alcalde de Oviedo en la I República, «derivando su conversación —dice García de Castro— hacia los temas de alta espiritualidad», y alternando los deberes estudiantiles con «los corrillos y tertulias del apacible Oviedo decimonónico». Palacio Valdés, por su parte, también consignó en sus recuerdos el deambular con Turo y Clarín: «seguíamos en nuestras discusiones filológicas el método de la escuela peripatética, esto es, disputábamos paseando». Y lo mismo Adolfo Posada, que habló de sus garbeos con Alas: «nuestras conversaciones por el campo, por la calle, por la playa de Salinas»; «las confidencias o desahogos con que Leopoldo me favorecía en nuestros paseos por el Campo de San Francisco» (recordemos que ambos fueron concejales republicanos en el Ayuntamiento de Oviedo)<sup>49</sup>.

Junto con ese celeberrimo parque, otras zonas habían atraído la concurrencia de los ovetenses en tiempos de Isabel II:

«[...] las calurosas noches de verano dispersaban a los contertulios, pareciéndoles más placentero trasladar la reunión a otro salón más natural, amplio, fresco y soportable para aquellas noches, como era el paseo nocturno, de diez a once, de la plazuela de la Fortaleza (hoy Porlier): paseo memorable que se bautizó con el gráfico y satírico [nombre] de paseo de la *Chanqueta* o *Chinela*»<sup>50</sup>.

Respecto a Gijón, Winter evocó una jornada típica en la calle Corrida, por la que discurrían «algunos señores graves» mientras hablaban de política<sup>51</sup>. También Pérez Nieva recordaría sus paseos por Somió con Rafael Serrano Arroyo, el catedrático de Geografía e Historia del Instituto Jovellanos, que a finales de siglo perteneció al comité de Fusión Republicana: «echamos carretera adelante, envueltos en las tinieblas, hablando de la revolución francesa y de la inmortalidad del alma, y qué se yo de cuántas

<sup>49</sup> *El Tribuno*, Madrid, 14-VIII-1879. POSADA, A.: *Leopoldo...*, *op. cit.*, p. 63; *Fragments...*, *op. cit.*, pp. 190 y 215. PRIETO, R. y LÓPEZ DÓRIGA, J.: *op. cit.*, 1889, p. 9. FERNÁNDEZ AVELLO, M.: *Vida y obra literaria de Juan Ochoa Betancourt*, Oviedo, Diputación-IDEA, 1955, p. 25. GARCÍA DE CASTRO, R.: *Semblanza intelectual del pensador asturiano Estanislao Sánchez-Calvo (1842-1895)*, Oviedo, IDEA, 1982, pp. 16-17, 22 y 25. PALACIO VALDÉS, A.: *op. cit.*, p. 207.

<sup>50</sup> «Recuerdos locales», en *El Correo de Asturias*, Oviedo, 19-VII-1894.

<sup>51</sup> WINTER BLANCO, E.: *Sólo la vida inquieta es vida*, Gijón, Ateneo Obrero, 1993, p. 62: «Uno de ellos, de nariz fina, aguileña, boca irónica, patillas blancas, llegó anteanoche de Madrid, y parándose majestuosamente, con su chistera inclinada sobre la oreja, su levita cerrada, aplomando los dedos, dice: “Señores, España no puede...” No oigo más... Es don *Eustaquio García*, que discute de política con algunos prohombres del “cuartín”».

sublimidades más». Azcárate, por su parte, recordó la acostumbrada compañía de Manuel Pedregal, exministro de la República, al salir del Ateneo de Madrid: «íbamos conversando íntimamente de todo hasta llegar a la Cibeles, donde nos despedíamos». En la Villa y Corte, por cierto, hubo una tertulia melquiadista en la Lotería de la Puerta del Sol que «con frecuencia se celebraba en la acera misma»<sup>52</sup>.

Finalmente, no hay que olvidar el gusto republicano por las excursiones, el contacto con la naturaleza como parte de un ocio edificante. La Institución Libre de Enseñanza confió en su indudable valor pedagógico, lo que hizo que Francisco Giner y Manuel B. Cossío vinieran a Asturias con una expedición de doce alumnos en el verano de 1883. También el Ateneo Obrero de Gijón terminó programando salidas, lo que dio lugar en 1923 a un Grupo Excursionista que en los años treinta incluso organizó viajes fuera de España<sup>53</sup>. De ahí que no sean raros los testimonios que vinculan el ocio al aire libre con el racionalismo cientifista incluso antes de la revolución Gloriosa. El dirigente republicano José González Alegre, por ejemplo, habló en una carta enviada a *La Discusión* en 1860 de la jornada que pasó con «varios amigos» en «la pintoresca montaña de Naranco», en las afueras de Oviedo, para disfrutar del famoso eclipse de Sol que hubo aquel año. Su relato describe cómo salieron muy temprano, descansaron «al pie de un robusto roble», admiraron el románico de San Miguel de Lillo, fueron recibidos por otros amigos en una finca que había de camino y «desde entonces todo fue algazara y contento». También explicó las bondades de la sociabilidad: «gozamos de todos los placeres que proporciona un círculo de amigos, capaces de poner en juego las mayores distracciones». Y otros pasajes revelan que el fenómeno astronómico generaba sus polémicas, y de ahí que aprovechase para reprobar el escepticismo y la superstición:

«No bien había transcurrido una hora de tan solaz distracción, cuando comenzamos a observar, con el auxilio de cristales y anteojos ahumados, que un punto negro se ponía entre el sol y nuestra vista. [...]

¿Y cómo no había de ser así? El fenómeno era natural y previsto. Todo lo que los sabios astrónomos anunciaron se estaba realizando, hasta en sus menores detalles. El eclipse total es una verdad innegable, positiva.

[...] ¡Qué dirían entonces los escépticos, esos espíritus débiles, esos hijos de la noche, que tienen a gala dudar de todo! ¿Aun serán osados a negar las verdades de la ciencia; aun continuarán burlándose de las observaciones hechas por los hombres consagrados a ellas?

---

<sup>52</sup> PÉREZ NIEVA, A.: *Un viaje a Asturias pasando por León*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1895, p. 284. *Velada en honor...*, *op. cit.*, 1897, p. 12. POSADA, A.: *Fragments...*, *op. cit.*, pp. 322 y 324.

<sup>53</sup> *El Comercio*, Gijón, 16 y 20-VIII-1883. MATO DÍAZ, A.: *El Ateneo Obrero de Gijón (1881-1937)*, Gijón, Ateneo Obrero, 2006, pp. 111-112.

¿Qué pensarán los impostores, los fanáticos, los ignorantes? ¿Presagiarán con esto alguna plaga, alguna guerra, algún acontecimiento extraño? [...]»<sup>54</sup>.

## Conclusión

En las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, fueron muchos los espacios al aire libre que devinieron *circunstancialmente heterodoxos* en los momentos en que brindaron a los republicanos un sitio donde congregarse, deliberar, intrigar, hacer proselitismo u organizar actos diversos; prácticas todas ellas que, al propiciar la relación, forjaban amistades y robustecían lazos afectivos, pero también afianzaban su credo político. Habría que considerar todos los sitios y usos que se han mencionado, pero hubo muchos más y no hay que desligarlos de otras prácticas complementarias de la sociabilidad formal, con las que siempre terminaban enlazando de un modo u otro. Las calles de ciudades y pueblos, junto con otras zonas periurbanas e incluso rurales, fueron escenario de manifestaciones, protestas, concentraciones variopintas, mítines, romerías e infinidad de conversaciones políticas a cuyos interlocutores seducía la palabra *República*.

Incluso los actos que respondían a un patrón más o menos definido, como una manifestación, se acompañaban de otras prácticas sociales inseparables y cuya relevancia no hay que subestimar. En los prolegómenos de una marcha colectiva organizada, por ejemplo, había un ir y venir de grupos que se encontraban en los cafés y en las calles cercanas al punto de salida, donde departían mientras esperaban; y lo mismo al terminar la protesta, pues tampoco entonces se disolvía el sinfín de corrillos que seguían charlando en las plazas y aceras o se desplazaban hasta el café o la sociedad de turno para continuar haciéndolo. Todos los actos masivos con los que los republicanos ocuparon las calles fueron paralelamente otra modalidad de la sociabilidad democrática; pero también hubo otras citas que reunieron a grupos poco numerosos y que tuvieron su importancia en la propia metahistoria del republicanismo, como atestiguan las memorias de unos cuantos protagonistas.

---

<sup>54</sup> *La Discusión*, Madrid, 2-VIII-1860.

